

TIERRA Y URBE EN HISPANOAMERICA

Luis Ortiz de Zevallos

EL MARCO GEOGRAFICO

I. *El marco geográfico en el acontecer histórico de Hispanoamérica*

AMERICA

Igual que un arco tendido de norte a sur, América divide la tierra en dos partes. Se extiende del grado 71 de latitud Norte hasta el grado 56 de latitud Sur, abarcando un total de 127 grados y uniendo prácticamente los dos polos.

Dos grandes masas continentales la conforman, ligadas entre sí por una recortada península que se angosta en su extremo sur y se halla situada frente a un archipiélago cuajado de islas. Ubicada entre dos océanos, el Atlántico y el Pacífico que sólo se comunican al extremo meridional en un estrecho formado por canales y ensenadas, el estrecho de Magallanes y un cabo de tormentas y tempestades, el Cabo de Hornos, América, por su posición geográfica, se encuentra frente a los otros cuatro continentes. Más cercana a Europa y Africa, sus costas se recortan sensiblemente paralelas y, si se uniesen, se ensamblarían como un juego de piezas y el Atlántico no sería sino un intervalo en la historia millonaria de la Tierra. Casi unida a Asia por el norte, distante sólo unos cien kilómetros, en el estrecho de Bering, se aleja de ella a medida que desciende hacia el sur creando el océano más amplio que la limita, el Pacífico.

Asia y Oceanía parecen tener con América contactos muy antiguos que se pierden en la prehistoria. En cambio, Europa y Africa poseen los más recientes, los contemporáneos, si descontamos la existencia del mundo legendario de la Atlántida. América le debería a Asia sus primeros poblamientos y a Europa su ingreso en la historia del mundo y su actual civilización.

Un solo accidente geográfico estructura de norte a sur nuestro Continente, la Cordillera Andina que, a manera de inmensa serpiente de pie-

dra se desliza a lo largo de su Costa Occidental. Emplumada de selvas, o desnuda de rocas, amplia y robusta forma mesetas y altiplanos unas veces y otras, angosta y erguida, afiladas sierras. Sus bordes se hundean en el Pacífico en simas profundas o se tienden hacia el levante en llanuras ubérrimas o bosques y junglas tropicales. Acontece que, en sus entrañas, hay oro, plata y esmeraldas. Su nombre cambia en su vasto recorrido, mas siempre es el mismo sistema montañoso. Determina el clima y el paisaje y torna secundaria la influencia de la latitud, siendo sus consecuencias incalculables porque se impone, dice Jean Guttman, "de manera ineludible a cuanto se mueve"¹. Condiciona toda la existencia del hombre americano y en la organización del territorio ha tenido y tiene una importancia e influencia decisivas.

En el norte, América se abre como un encaje cubierto de nieve, de cabos y penínsulas, de golfos y ensenadas. Es su zona más amplia. En el centro, forma un trapecio irregular, de vastas praderas que se extienden desde las Montañas Rocosas hasta el mar de las Antillas, sólo interrumpidas por los Montes Apalaches. Es la parte más maciza de América del Norte y es también el ámbito del mundo anglosajón. Y cuando se estrecha, al sur del Río Grande y se arquea como libre voluta barroca, nace el mundo ibero-americano, con sus variados y encendidos colores: azul índigo en el mar Caribe, verdes intensos y centelleantes en sus selvas tropicales y oro pálido en sus mesetas andinas.

HISPANOAMERICA

El territorio en donde surge y florece la civilización hispanoamericana puede dividirse en dos grandes zonas geográficas distintas y con caracteres propios y hasta opuestos. En el norte, el Continente recortado e insular, Mesoamérica, y en el sur, el Continente macizo y compacto, Sudamérica.

El Continente recortado e insular: Mesoamérica.

Al norte del mundo hispanoamericano y al sur del mundo anglosajón, en la frontera que los separa, los une y entremezcla, se halla el continente recortado e insular, denominado Mesoamérica.

Lo forman dos zonas geográficas: Tierra Firme y el Archipiélago. La primera, la integran: México y América Central. La segunda está formada por las Antillas. Ambas tienen características comunes dominantes: poseen el relieve confuso de un mundo físico inestable. Son países de ciclones y volcanes.

1 Guttman, Jean. *América*. Barcelona, Editorial Labor S. A. 1966. págs. 11 y 13.

Tierra Firme: México y América Central.

Al sur de Río Grande se extiende una lengua de tierra que se afina y se quiebra conforme avanza hacia el mediodía, formando istmos y penínsulas. Situada entre las dos grandes masas continentales, América del Norte y América del Sur, los océanos que la limitan parecen retorcerla y distorsionarla, dándole la forma leve de eses y meandros de una rica ornamentación arquitectónica. Unida al continente sudamericano por el istmo de Panamá, surge de él como un morrión de selvas y de montes.

La gran espina dorsal del sistema orográfico americano penetra por el norte en suelo mexicano, abarcándolo sensiblemente y al llegar a la región donde se asienta la ciudad de México, se cruza con otra cordillera que continúa por Guatemala y Honduras, se hunde en el Mar y aflora en el archipiélago de las Antillas. La Cordillera Andina sigue a lo largo de toda América Central, mas sin alcanzar las alturas colosales de los Andes sudamericanos.

La selva domina el paisaje cubriendo las laderas y montes bajos de la Cordillera. Pero mientras es tupida y exuberante en la costa Norte, en la costa Sur, las aguas del Pacífico que mitigan, aquí y en el Perú, la acción de los trópicos, hacen que la selva alterne con las sabanas tropicales.

Por su clima y sus paisajes, América Central se orienta hacia el Pacífico tal como aconteció en los tiempos coloniales, mas, por su economía y su producción agrícola, se vuelve hacia el Atlántico, su gran mercado, los Estados Unidos. La Historia y la Geografía la inclinan a mirar al Sur y la Economía al Norte.

El Océano Atlántico con su riqueza de golfos y bahías, forma el mar Caribe y el amplio golfo de México que separados por la península del Yucatán, constituyen verdaderos mares interiores americanos. El océano Pacífico tiene sus costas más abiertas y al contornearlas sólo dibuja dos golfos importantes y de menores dimensiones: el alargado y profundo de California y la concha marina del golfo de Panamá. Deja sí un mar interior, el lago de Nicaragua, cuyos escualos de agua dulce hacen pensar en un lejano origen marino.

Mesoamérica es uno de los dos grandes centros de civilización autóctona, en donde vibran las primeras ondulaciones de la historia hispanoamericana. Civilizaciones continentales, de pueblos afincados a la Tierra, unidos a ella, modulados por ella. Pueblos agrícolas que trazan y dibujan los primeros rasgos del perfil cultural americano. Sus culturas iluminan el pasado oscuro y lejano de América, como haces de fuego que rasgasen las densas tinieblas de la prehistoria americana. Aparece entonces la ciudad como centro ceremonial político-religioso alrededor de una pirámide o templo. Es la región de las ciudades mayas y aztecas. Sus pueblos crearon una evolucionada arquitectura de piedra, con sistema columnario y falsas cúpulas, recia cuando no frondosa, síntesis de la rudeza de sus mon-

tes y de la exuberancia de sus selvas. Mensaje silencioso de un mundo refinado y cruel; mensaje mágico en que los dioses son naturaleza y ésta se diviniza. Arte viviente de un pasado lejano y muerto. Es en esta región de América en donde se fundan más tarde, y crecen como nuevas flores americanas, las conspicuas ciudades coloniales españolas.

El Archipiélago: Las Antillas. Frente al continente recortado, surge el mundo insular que se abre en un archipiélago de islas y florestas. En este arco de círculo parecen unirse las dos Américas, del Norte y del Sur. La isla de Cuba apenas si está separada de las penínsulas del Yucatán y de la Florida y la isla Trinidad, de las costas venezolanas. En las Antillas se alternan islas montañosas como la Española con su cadena central de 3 mil mts. de altura con islas sensiblemente planas como Cuba. Altas cimas bordean profundos abismos oceánicos de 9 mil mts. de profundidad. Este archipiélago es el escudo geográfico que protege América y, paradójicamente, es también su talón de Aquiles, su puerta de entrada de Europa y Africa: invasiones guerreras europeas y dolorosas migraciones africanas. Las islas forman una muralla discontinua y vulnerable. El mar Caribe y el golfo de México son el Mediterráneo americano pero con múltiples “gibraltares” y situado frente a un solo continente islas, montes, selvas y mares constituyen el continente recortado e insular.

A diferencia de Tierra Firme, el mundo insular careció de cultura autóctona. Cuando Colón creyó arribar a las Indias del oro y las especias y a las ciudades con puentes de mármol sólo encontró un mundo primitivo y salvaje. Y sin embargo, las Antillas abren América a la civilización occidental. No son tierras creadoras de cultura, la reciben y la mezclan y es crisol donde ellas se oponen y se confunden. Allí se realizó el primer contacto de España y el combate ya legendario para arrebatar a ésta sus dominios imperiales. Es el mar de los piratas y bucaneros, de los corsarios y ladrones de mar. Es la cabecera de puente de Europa, donde lograron afincarse y permanecer las grandes potencias europeas: Francia, Inglaterra y Holanda. Y en el centro del Archipiélago, a mitad de la rota muralla, los Estados Unidos conservan Puerto Rico y las islas Vírgenes, creando desde la Florida un arco estratégico que se cierra en Panamá.

Fueron ayer y siguen siendo hoy las Antillas, la gran frontera cultural americana donde se engarzan en la civilización hispana las culturas foráneas, anglosajonas y germanas, y las costumbres ancestrales africanas. Las lenguas se han mezclado creando formas dialectales.

La civilización no surgió en las Antillas de la tierra sino que arribó desde el mar. Este es su gran personaje histórico y el escenario en que se ha desenvuelto el drama de su Historia. Las islas son mudas espectadoras cuando no víctimas o presas de su violento acontecer histórico.

En el Caribe, América se vuelca hacia el mar, y a la ciudad continental, maya y azteca, sucede el puerto español. O mejor dicho, aparece

el puerto marítimo como consecuencia de la llegada de hombres venidos del otro extremo del océano. El puerto de mar es el primer aporte español al urbanismo americano. A los caminos terrestres de las culturas autóctonas que tienen su más alta expresión en el Imperio Incaico, suceden las vías marítimas. Y a las fortalezas ciclópeas como Sacsahuamán en el Cuzco, los fuertes que custodian las entradas portuarias como en Santo Domingo y, más tarde, en Cartagena, San Juan de Puerto Rico y Veracruz.

En las Antillas, los pueblos continentales, enraizados en la tierra, son reemplazados por pueblos móviles, dinámicos. A la arquitectura autóctona de piedra y a los grandes conjuntos ceremoniales de Tierra Firme, las islas aportan sólo el "bohío" o "camey", las cabañas de paja que conforman los villorrios y aldeas.

EL CONTINENTE MACIZO Y COMPACTO: AMERICA DEL SUR

Al continente recortado e insular, se opone América del Sur, continente macizo y compacto. Como un huso inmenso se hincha y agranda en su parte superior, afinándose en la inferior para terminar en punta meridional, coronada de islas y arrecifes. Es la gran masa continental del mundo iberoamericano, donde los océanos que la circundan lamen sus costas sin penetrar en ella ni formar mares interiores, ni costas recortadas. Sólo la hieren los cauces de sus grandes ríos. Paisaje desmesurado y grandioso, sin escala humana, en el que la naturaleza impera por la majestad y dimensiones de sus accidentes geográficos.

Los Andes, la cordillera más larga del mundo, son montañas colosales que recorren el territorio estructurando el continente en toda su longitud. Ocupan hasta un quinto de su anchura en el paralelo 20° de latitud Sur y forman valles profundos y agrestes desfiladeros, altísimas y desoladas mesetas, volcanes y crestas afiladas.

Los ríos sudamericanos más caudalosos: el Amazonas, el Plata y el Orinoco organizan el territorio en tres inmensas cuencas fluviales. Forman con sus gigantescas proporciones, las junglas y tierras bajas y son con sus grandes afluentes, las grandes rutas naturales de circulación en esta masa continental. A veces crean lagunas de aguas quietas y, otras, rebalsando sus inestables riberas, dilatados pantanos. Selvas tropicales cubren las extensas llanuras del Amazonas, exuberantes y de intrincada maleza, que ascienden por las vertientes orientales de la Cordillera. Pero, a medida que avanzan hacia el sur, en las tierras del Matto Grosso, se tornan menos tupidas e impenetrables. Son las selvas más extensas de la Tierra. En el mediodía, la Pampa argentina es el gran personaje geográfico: se extiende, sin colinas ni ondulaciones, hasta las tierras frías de la Patagonia.

Montes frágiles, ríos inmensos, selvas impenetrables y fértiles llanuras forman la síntesis del marco físico sudamericano. A estos hechos geográficos se añaden, en Atacama, los desiertos más áridos del mundo y las

inhóspitas regiones de Tierra del Fuego, que integran la franja desértica que cruza en diagonal el continente sudamericano².

Los Andes. La gran muralla de los Andes se levanta bordeando la costa occidental del Pacífico. Un ramal oriental atraviesa el norte de Venezuela. Estructuran así el continente sudamericano y forman los países andinos, montados a horcajadas sobre este sistema montañoso. Se elevan como imponente farallón y, a sus pies, en el abismo del mar, se hunde la fosa profunda del “Círculo de Fuego” del Océano Pacífico. En sus costas se suceden, de norte a sur, las selvas tropicales, los desiertos, los valles templados y las zonas antárticas. Divididos al norte, en Colombia, en tres cordilleras se unen y afinan al pasar por el Ecuador y se elevan y ensanchan al cruzar el Perú y Bolivia, formando la gran meseta del Collao. Amplios y descendiendo en escalinatas hacia las Pampas argentinas, se angostan y se yerguen como una sierra en el territorio fronterizo de Argentina y Chile.

Sobre los Andes Centrales, se asienta el segundo foco de las civilizaciones autóctonas americanas. Civilizaciones continentales, de pueblos agricultores, unidos a la Tierra, condicionados y casi determinados por su geografía. Aquí, de nuevo, la Tierra es el principal personaje histórico y el Mar es sólo vehículo de hombres y culturas foráneas. Los Chibchas en Colombia, Tiahuanaco en Bolivia, Chavín de Huántar, Chimú, Nazca, Paracas y el esplendor del Imperio Inca en el Perú son los hitos del acontecer histórico de América del Sur. Desde hace miles de años, las civilizaciones se superponen en los Andes peruanos como capas de tierras fecundas. Los primeros asentamientos humanos de América son las ruinas de un viejo templo, el Paraíso, en el valle de la bullente ciudad de Lima. La unidad geográfica de los Andes Centrales, con su gran meseta del Collao y sus rutas naturales de circulación a lo largo de sus cordilleras, permitió el establecimiento del primer estado americano con dimensiones territoriales y organización administrativa, social y política de un imperio, el Incaico.

Los Andes son el asiento de las primigenias culturas de la América Meridional que surgieron en el Perú y en Bolivia y conocieron la ciudad como centro ceremonial cuando no como capital política. Es la región de los centros urbanos chimúes en la costa e incas en la sierra. Y allí se levantaron, en el lago sagrado del Titicaca, los templos misteriosos del Sol y de la Luna. Aquí surgen como en México y Guatemala, los pueblos con civilizaciones autóctonas que mestizan la cultura hispánica.

Arquitectura de piedras ciclópeas en la Sierra peruana y de tierra sin cocer y de encendidos colores en su Costa. Arte recio, simétrico y uniforme el incaico. Arte refinado, de cerámica y textiles de fina trama en las civilizaciones preincaicas de los llanos costeros. Por doquier, en los Andes septentrionales y centrales, delicada orfebrería de oro y pedrerías.

2 Guttman, Jean. Ob. cit., págs. 336 y 337.

La vivienda es, al igual, pétreo en la Sierra y de barro y color en la Costa, con techos de paja armados con toscas estructuras de troncos de árboles.

En esta tierra ya fecunda de civilizaciones, las ciudades españolas surgieron unas veces adheridas a los viejos asentamientos urbanos indígenas como aglomeraciones urbanas yuxtapuestas, tales como Cajamarca. Otras se edificaron sobre poblaciones ya existentes incaicas, creando las ciudades superpuestas, verdaderas unidades urbanas, armónicas y únicas como el Cuzco y Chinchero, revelando una secreta armonía entre el pueblo conquistador y el pueblo sometido.

Los Andes son en América del Sur lo que el mar en el Archipiélago de las Antillas: su gran personaje histórico, el escenario en el cual tendrán lugar los acontecimientos decisivos en la historia del Continente: la primera unidad política, el Incario, la Conquista española y la Independencia americana.

Las Costas del Pacífico.—Las costas del Pacífico del continente sudamericano no son recortadas con riqueza de golfos y ensenadas. Corren de norte a sur sin notables entradas en el continente, salvo el golfo de Guayaquil, en la desembocadura del río Guayas que penetra en el Ecuador, y, en el sur, en el extremo meridional del continente en el archipiélago de Chiloé, en donde sus costas cuajadas de islas se recortan con radas y canales.

Como los Andes corren a todo lo largo del extremo occidental del continente, la faja de tierra que las separa del océano Pacífico se torna estrecha y, en veces, como acontece en el Perú, sus contrafuertes andinos penetran en el mar y forman en su costa aislados espacios geográficos: valles, desiertos y tablazos, cuando no bordean prácticamente las aguas del Pacífico dejando tan sólo playas angostas y altos acantilados.

Dos grandes corrientes marinas influirán en su clima y determinarán la geografía de sus riberas: la corriente cálida del Niño, que baja de Panamá y llega hasta el norte del Perú creando las selvas tropicales de Colombia y Ecuador, y la corriente fría de Humboldt que asciende del Polo Sur y determina los desiertos y los valles templados del litoral y hace posible los viejos contactos con Oceanía cuyos orígenes se pierden en el mito y la leyenda.

En la época prehispánica, sus costas vieron arribar a los posibles primeros pobladores, haciendo del litoral peruano y ecuatoriano los puntos de llegada de las civilizaciones prehistóricas más adelantadas, y en el Perú florecieron sus más refinadas civilizaciones autóctonas. En la Conquista de América, ésta se realizó por el Perú y San Miguel de Piura fue su primer hito y, el Océano Pacífico se convirtió en el mar español por excelencia, apenas perturbado por audaces piratas y corsarios que lograban penetrar por el Sur del Continente, extendiéndose el mundo hispánico hasta Filipinas.

En nuestro Virreinato, Asia estuvo presente desde sus inicios, con sus leves influencias en la ornamentación arquitectónica de los monumentos de la costa peruana. Más tarde, en la República, la presencia asiática se revela en las migraciones de chinos, primero y de japoneses, después.

Las costas del Caribe y del Atlántico.—Frente al mar Caribe, las costas septentrionales de América del Sur no vieron florecer las viejas culturas del Perú y México. Descubiertas por Colón y Américo Vespucci, ingresaron en el acontecer histórico sudamericano en el momento luminoso del Descubrimiento.

Recubiertas por el inmenso manto verde tupido de la selva sudamericana, sus riberas poco recortadas sólo se abren en dos golfos: el de Darién, en Colombia, punto de partida de la conquista y colonización del continente sudamericano, y el de Venezuela, conectado por un canal con el lago Maracaibo, cuyas torres negras empenachadas de fuego señalan la moderna riqueza petrolera de Venezuela.

En el Caribe desagua el río Magdalena, única ruta fluvial que penetra hasta mil kilómetros en el interior del continente, entre riberas tropicales, casi salvajes.

Las costas del Caribe sudamericano integran la zona de frontera del Archipiélago de las Antillas. Aquí, en Panamá, se opone y se cruza la influencia norteamericana con el mundo hispanoamericano y se mezclan con mayor intensidad las razas blanca, india y negra. En las costas colombianas, España fundó Cartagena de Indias en la desembocadura del Magdalena, gran puerto de los galeones coloniales y la más rica y codiciada presa del imperio español. Colombia y Venezuela ocupan su mayor extensión. Más al levante, se hallan las antiguas posesiones coloniales europeas, las Guayanas.

Por su posición geográfica, las costas atlánticas son, con el Archipiélago de las Antillas, la puerta de entrada de Europa y Africa en el continente meridional americano. Difieren de las costas occidentales del Pacífico por su cercanía relativa a los otros continentes; corrientes y vientos marinos empujan a las naves desde Europa hacia el poniente. En cambio, aquellas están en un océano dilatado cuyas riberas opuestas son lejanas. Si las riberas del Pacífico están condicionadas por los Andes, las del Atlántico lo están por las selvas y, en el sur, en la zona templada, por las “pampas” y llanuras que se tienden desde las laderas andinas hasta el mar. En las costas atlánticas, desembocan los tres grandes ríos sudamericanos: el Orinoco, el Amazonas y el Plata; y en las del Pacífico, sólo ríos torrentosos no navegables, con excepción del Guayas en el Ecuador.

Cada cuenca hidrográfica de los grandes ríos del Atlántico ofrece su distintivo geográfico. Al norte del Orinoco, la región de los “llanos”, antiguas zonas ganaderas que se vuelven montes; al sur de este río y en toda

la cuenca del Amazonas, las selvas tropicales y, en las riberas del río de la Plata, las llanuras ubérrimas.

Posee, pues, América del Sur, importantes entradas fluviales en su macizo continental. Sin embargo, la colonización española y su consecuente organización del territorio, se llevó a cabo escalando y tramontando la muralla andina. Las costas atlánticas españolas del Plata se colonizaron tiempo después que el noroeste argentino lo había sido desde el Perú. En cambio, si bien es cierto que el Amazonas fue descubierto por Orellana descendiendo los Andes, la colonización de la Amazonía fue realizada, particularmente, por los portugueses desde el Atlántico. La Corona española se negó a construir carreteras de penetración que bajasen de los Andes a la cuenca amazónica por temor a que expediciones portuguesas, ascendiendo el curso de los ríos, atacasen por retaguardia a sus aisladas e indefensas posesiones. En el interior del continente, en la región amazónica, los portugueses primero y los brasileros después, lo intentaron poblar y organizar. España colonizó la Amazonía por medio de las reducciones de las misiones religiosas: jesuitas en el Norte, franciscanos en el Centro y dominicos en el Sur. Y éstas como las legendarias reducciones del Paraguay sufrieron los ataques y expediciones de rapiña de los portugueses, las famosas malocas.

Las costas del Atlántico carecieron de civilizaciones autóctonas. Cuando Américo Vespucci las descubrió y recorrió, sólo encontró aves de vistosos plumajes y árboles de maderas perfumadas. Los portugueses no penetraron en la región, se contentaron con bordearla, fundar fortines y establecer factorías, preocupados por el comercio con la India, porque la ruta más cómoda hacia el océano Indico y el Extremo Oriente pasaba por las inmediaciones del Río de la Plata³. Más tarde llegaron las grandes migraciones africanas y europeas. Las primeras, durante el coloniaje; las segundas, principalmente, durante éste y los siglos XIX y XX. La raza negra prefirió los trópicos y la blanca las zonas templadas del sur del Brasil, Argentina y Uruguay. Estas migraciones se desplazaron según los paralelos siguiendo una vieja ley de geografía humana.

Carente de las culturas autóctonas de los pueblos andinos, esta parte de la tierra americana no ofreció un marco cultural que moldease las civilizaciones foráneas venidas del mar. Sin raíces en la prehistoria americana, sólo la geografía y, acaso, las ancestrales costumbres africanas influyeron. Se crean así naciones como el Brasil, la Argentina y el Uruguay, pueblos de hoy, sin arraigo en el misterioso pasado americano que crean, sin embargo, las más grandes metrópolis sudamericanas: San Pablo, Río de Janeiro y Buenos Aires. Las costas atlánticas de América del Sur, no sólo en la Historia, son asiento de los más avanzados exponentes de la actual civilización iberoamericana.

3 Guttman, Jean. Ob. cit., pág. 38.

Las Zonas de Frontera.—En el continente macizo y compacto, cabe distinguir dos grandes zonas de frontera, de razas y de culturas: una formada por el altiplano andino y la pampa argentina, donde se alternan las planicies y serranías; y otra, en los Andes Meridionales.

La civilización autóctona de los Incas rebalsó el Altiplano, llegó hasta la región septentrional argentina, se extendió a lo largo de la costa del Pacífico hasta el sur de Chile, y quedó detenida allí ante las tribus salvajes araucanas. La colonización española recorrió los caminos de la conquista incaica y arribó como ella a las mismas regiones. La resistencia indígena fue superada y los vencidos destruidos o rechazados a las tierras meridionales e inhóspitas. Pero entre ambas regiones de frontera parece existir una marcada diferencia. En el noroeste argentino, la colonización española se afincó, y aún hoy conserva sus huellas y, en cierto modo, es el límite con la cultura cosmopolita de Buenos Aires. En Chile, aquella sólo se arraiga en el siglo XVIII y se mantiene como zona de frontera en la lucha contra las tribus araucanas hasta el siglo XIX, cuando Chile es ya país independiente. Durante la época hispánica, a la constante y porfiada lucha contra los indígenas, se añadió el episódico batallar contra los piratas ingleses y holandeses. Fue, pues, esta zona no sólo región de frontera entre el Incario y las tribus araucanas y lo español y lo indígena sino, además, frontera del imperio colonial español, porque el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, eran las puertas secretas de entrada al mar hispano, el Pacífico. Hoy la Antártida es nuevamente la zona de frontera. Lo fue en la disputa fronteriza entre Argentina y Chile y ahora entre estas naciones americanas y potencias europeas.

Otra zona de frontera apareció a poco de realizada la Conquista, entre las posesiones españoles y las portuguesas. Fue ésta la amplia línea de demarcación que cruzaba la cuenca del Amazonas y del Plata y que sería la causa de las penetraciones portuguesas en las antiguas misiones jesuíticas del Marañón y del Paraguay, y que, en épocas modernas, serían el origen de litigios entre el Brasil y sus vecinos occidentales.

El territorio de Hispanoamérica como "habitat" del hombre.—Como "habitat" del hombre, Hispanoamérica es un continente con grandes cuando no infranqueables obstáculos, en donde la vida humana es difícil si no precaria. Sus accidentes geográficos crean un paisaje de contrastes, áspero y hostil, pródigo y amable. A la pampa argentina, en cuya lejanía la mirada observa la sensible curvatura de la Tierra, se opone el paisaje cerrado, angustioso, de los Andes peruanos, con sus montañas que se suceden como en un espejismo fantástico y obsesionante. El frío de las alturas andinas y de las regiones antárticas, contrasta con el calor húmedo, sofocante, de los trópicos; las selvas enmarañadas y pantanosas con los desiertos ardientes y calcinados; la rudeza de las condiciones de vida de las altas montañas con su aire diáfano y su flora exigua, con la placidez y fertilidad de los valles

bajos, y a la inestabilidad de los climas y erosión constante de los suelos de las regiones tropicales, suceden los climas benignos de los valles andinos y las tierras feraces de las zonas templadas; y a las tierras agrestes, la riqueza de los yacimientos mineros y petroleros.

A estas diferencias y disparidades, que hacen insegura la vida del hombre, se añaden las condiciones sísmicas del continente. Grandes fallas geológicas se concentran en esta parte del globo. Surgen volcanes y se les ve crecer como hinchando la tierra para estallar en columnas de fuego y lluvias de lava y ceniza. Se desprenden glaciares colosales y, en aludes veloces, siembran la desolación y la muerte. O se desplaza el continente modificando el perfil de las costas marítimas, alterando el paisaje. Tierra inestable, recientísima en la historia del planeta, la presencia del hombre en él y su creación urbana son como un desafío al propio reto de la naturaleza.

II. *La ciudad y el reto geográfico*

EL HOMBRE EN EL ESPACIO AMERICANO

La simple observación del territorio en el cual se asienta la civilización de Iberoamérica, revela que, después de más de cuatro siglos de descubierto, parecería adecuado el nombre con el cual lo bautizara Américo Vespucci: *Nuevo Mundo*. La agreste y difícil naturaleza de este continente ha imposibilitado al hombre que la domine y utilice en su totalidad.

Existen aún amplias regiones vírgenes y otras apenas conocidas. En este mundo dilatado, el territorio sólo ha sido organizado en forma parcial. El resto queda intocado cuando no desconocido.

Dos ejemplos son característicos. En la construcción de la carretera de Lima a Pucallpa, en la década del 40, se organizaron diversas expediciones para encontrar el mejor paso para cruzar la Cordillera Azul, último ramal andino antes de llegar a la selva plana. El Director de Caminos, ingeniero Basadre, insistió en constatar la existencia de un cañón o corte natural de esta cordillera, descubierto en 1757 por el Padre Abad. La única referencia era la de la crónica del P. Amich, y su existencia parecía tan sólo leyenda. La expedición reencontró el cañón que lleva hoy el nombre del Padre Abad y un largo y costoso tramo de la carretera quedó eliminado con la consiguiente economía.

Más recientemente, en el Brasil se han descubierto en el interior de la selva collados y montes en terrenos que se creían planos y un río de 400 millas de largo que estaba siempre cubierto por capas de nubes⁴.

A esta organización incompleta del territorio corresponde una ocupación discontinua del suelo. Si se observa un mapa de Iberoamérica en el cual se hubiesen señalado los sitios poblados, se comprobaría que la po-

4 "The New York Times". *The New Frontiers*, New York 26 de Julio de 1976.

blación no se halla uniformemente repartida. En el continente recortado e insular, en Tierra Firme, las montañas son los lugares principalmente habitados y forman como una franja central que se curva siguiendo su contorno. En el mundo insular, las tierras llanas son las habitadas. Pero esta forma de poblamiento es más evidente en el continente macizo y compacto. En su periferia, muy en especial alrededor de sus metrópolis, se encuentran grandes concentraciones de población. El interior del continente y su extremo meridional están deshabitados o se hallan escasamente poblados.

En nuestra América, donde se oponen las regiones sobrepobladas y las tierras sin gente, las ciudades forman, en el continente sudamericano, como una brillante corona; en el archipiélago antillano, acentúan el arco de sus islas y en el continente recortado, trazan una línea ondulante. Poblada desde épocas prehistóricas por sucesivas migraciones, América jamás ha sido totalmente ocupada. La naturaleza ha mantenido siempre lugares inaccesibles. Un mapa histórico geográfico nos mostraría las sucesivas civilizaciones americanas como manchas aisladas superpuestas que jamás logran extenderse y ocupan en su totalidad el espacio geográfico.

Esta lucha tenaz para vencer a la naturaleza rebelde continúa en los tiempos modernos. Se ha dicho con acierto que la preocupación dominante en el mundo iberoamericano es ocupar su territorio y organizarlo. Después de miles de años de habitada, Iberoamérica sigue siendo un continente de exploradores y colonizadores. Además las diversas etapas de colonización sobreviven en este territorio inconquistado. Más aún, coexisten distintos estados de civilización. Nuestra América es como un inmenso libro de piedra donde se podría leer la historia de la evolución de la humanidad, desde los grupos sociales de vida más rudimentaria como las tribus salvajes de la Amazonía hasta los más evolucionados de sus grandes metrópolis. Urbes y aldeas primitivas conforman los extremos del "habitat" americano.

En este continente, parecería no existir el tiempo que marca las etapas de la evolución humana. Sólo el espacio domina la vida del hombre. Diríase que se contempla una fotografía en la que se hubiesen superpuesto las imágenes del acontecer histórico. En nuestra América, todo está y es presente y la naturaleza mantiene su indisputado dominio. Ante tal realidad física, la tarea del hombre americano para dominar y organizar el espacio que habita, perdura hasta nuestros días, cuando ya ha concluido en continentes más antiguos.

Mas ¿cómo ha respondido el hombre ante el reto geográfico? ¿Cómo ha organizado el territorio? ¿De qué medios se ha valido para ocupar el lugar geográfico y utilizar a la naturaleza en su provecho y servicio? ¿Cómo ha sido la organización de la región y cómo la del sitio geográfico?

LA ORGANIZACION REGIONAL DEL TERRITORIO

La respuesta del hombre ante el reto geográfico, sintetizado en la inmensidad de los espacios, la extensión de las distancias y la grandiosidad y magnitud de los accidentes geográficos ha sido diversas mas parece repetirse con variantes a lo largo de su acontecer histórico.

Ante los dilatados espacios americanos, la respuesta del hombre ha sido, en primer término, organizarlos creando divisiones administrativas que reuniesen países dispares y hasta distantes. Diríase que, ante la amplitud del "habitat", se establecen por medio de dispositivos administrativos y legales, conjuntos regionales como si la vastedad de las tierras pudiese ser asida con sólo dividir las y agruparlas. En toda la historia americana, esta actitud parece haber sido constante.

El propósito de organizar el territorio en extensas regiones lo encontramos ya en la época precolombina, en el propio imperio Incaico, dividido en sus cuatro regiones y el Cuzco, la capital, como su centro: *Chinchaysuyu*, al norte; *Contisuyu*, al oeste; *Collasuyu*, al Sur; *Antisuyu* al este. Y las propias tierras del Imperio se hallaban al igual divididas entre el Sol, el Inca y la Comunidad.

Esta preocupación por aprovechar el territorio americano apareció también en las mentes europeas desde el inicio del Descubrimiento, cuando los confines del Nuevo Mundo se extendían sin cesar. Podría citarse, quizá, como primer esfuerzo el encargo que diera el Rey Fernando el Católico a Américo Vespucci y a Vicente Yáñez Pinzón para que hallasen una nueva política colonial que permitiese "el afianzamiento y defensa de las colonias en el Caribe"⁵. Política de la Corona española que culminaría en el grandioso conjunto de las Leyes de Indias, con sus atinadas disposiciones para poblar. La organización de las nuevas regiones americanas se hace evidente en la creación de los sucesivos Virreinos, Gobernaciones y Capitanías que surgían conforme se descubrían y conquistaban nuevas tierras, y más tarde, en la partición de los grandes virreinos y en el establecimiento de nuevas Audiencias, cuando las antiguas divisiones administrativas no permitían ya un adecuado y eficiente gobierno.

El momento actual se caracteriza por el afán de constituir, por medio de acuerdos y convenios internacionales, grupos de naciones tales como: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que une a los pueblos sudamericanos; el Grupo Andino que agrupa a las naciones situadas en los Andes y el Mercado Común Centro Americano, que reúne a los países de América Central. A esta tendencia, se aúna el propósito de crear programas de planeamiento general, como el de SUDENE en la amplia y difícil región del Noroeste del Brasil; Ciudad Guayana en la rica y poco

⁵ Arciniegas, Germán. *Amérigo y el Nuevo Mundo*. México, Editorial Hermes. 1956, pág. 297.

explorada región del Orinoco en Venezuela; y el Plan de Irrigaciones de Papalcapán y el de Desarrollo Comunal del Plan de Lerna, en México, para no citar sino algunos ejemplos notables que testifican la preocupación de nuestros países por organizar el territorio en forma regional y planeada.

Todas estas disposiciones responden al deseo de abarcar el vasto territorio americano, fijándolo en regiones o en conjunto de regiones sujetas a determinadas organizaciones y divisiones administrativas.

A esta forma de organización del territorio, se añade, en segundo término, el esfuerzo por poblar los grandes espacios americanos. Y es que, como bien afirma Jean Guttman, la gran originalidad de nuestro continente americano es el carácter reciente e incluso nuevo de su población, renovada por completo en el curso de los últimos cinco siglos⁶. “La historia, dice el mismo autor, no conoce otra repoblación de semejante amplitud”⁷. Continente de migraciones, llenar el espacio vacío parece haber sido una preocupación dominante, consciente o no, de quienes han querido utilizar y aprovechar el territorio. Ya Domingo Faustino Sarmiento sostenía que gobernar es poblar. Los países más desarrollados, como los Estados Unidos, Argentina, Brasil y México y aquellos en proceso de rápido desarrollo como Venezuela, han dado y dan particular importancia al fomento de la inmigración.

En la ocupación del espacio, cabe distinguir en Iberoamérica diversos tipos de poblamiento: el de frente continuo, semejante al de la colonización de Estados Unidos, poco frecuente, que sólo la Argentina ha llevado a cabo con éxito completo, tanto en la región de Buenos Aires como en su antigua frontera de lucha contra los indígenas. El frente de colonización que avanza dejando atrás tierras agotadas como en el Brasil, quedando la colonización aislada entre una zona virgen y otra abandonada. Forma esta última empleada en la colonización de la selva peruana en el siglo XIX, durante la explotación del caucho. Por último, por Centros Urbanos verdaderos núcleos vitales rodeados por regiones inexploradas o no dominadas, como fue, en términos generales, la colonización española.

En el pasado prehispánico la institución incaica de los “mitimaes” permitió verdaderos trasplantes de poblaciones para afianzar las conquistas de los nuevos territorios.

Ante el problema de la extensión de las distancias y la magnitud de los espacios, el hombre americano ha tratado de unir entre sí sus territorios y ligarlos, a su vez, con el exterior, en particular Europa. Se podría afirmar que ha querido abarcar la integridad del continente con una red que lo aprese y estructure, estableciendo en los nudos de esta malla imaginaria, las ciudades y los puertos marítimos, fluviales y aéreos, como centros de atracción y vida.

6 Guttman, Jean. Ob. cit., pág. 31.

7 Guttman, Jean. Ob. cit., pág. 32.

En la época precolombina, aparece el vasto imperio incaico organizado sobre la base de una red de caminos con "tambos" de aprovisionamiento que partían del Cuzco hacia sus cuatro regiones, extendiéndose por el norte hasta Pasto, en Colombia, y por el sur hasta el río Bío-Bío en Chile. Es el primer gran esfuerzo americano para enlazar por medio de rutas de circulación el agreste territorio americano.

Tal propósito existía de igual modo en la época colonial. España estructuró el territorio a base de núcleos urbanos, ligados por un sistema combinado de vías marítimas con puertos fortificados y vías terrestres con "tambos reales" de abastecimiento y ciudades como centro de región. Complejo sistema en el cual se traman las rutas de las flotas de galeones y de los barcos de aviso con las vías imperiales terrestres; y ésta se acentúa con las ciudades, los puertos fortificados y los centros de arrieros. Ciudades como Portobelo, Panamá, Lima y Potosí quedaron ligadas a estas grandes rutas de circulación llamadas con justeza, "las rutas de los metales preciosos"⁸, cuyos lugares de origen eran las minas de plata de la cordillera andina y su término, Sevilla y el mundo europeo.

Con reducido número de hombres, España ocupó un territorio difícil y áspero, muchísimo más extenso que la Metrópoli, logrando organizarlo mediante una red de rutas y ciudades. Las "encomiendas", la "mita" y los "obrajes" no fueron en suma sino una forma de utilizar la mano de obra indígena para hacer efectivo este sistema de organización y ocupar y aprovechar el territorio. Sistema que se afianza y tiene mayor estabilidad "mientras mayor era el desarrollo económico y social del sustrato indígena"⁹. La esclavitud negra se ensambló más tarde en esta estructura piramidal. Con verdadero espíritu latino, España no destruyó la realidad existente, no hizo de ella, como dice Jean Guttmann, tabla rasa a la manera de la colonización anglosajona sino, al contrario, la utilizó y modeló en su provecho¹⁰.

En época reciente, los ferrocarriles construidos en el siglo XIX y principios de esta centuria, tales como el ferrocarril transandino argentino-chileno y el Central del Perú, el más alto del mundo, testifican esta preocupación. Vías férreas que, además de comunicar regiones nacionales y abrir territorios agrestes cuando no impenetrables, tuvieron como finalidad la exportación de materias primas a Europa y a los Estados Unidos, ayudando a orientar a nuestras economías hacia el exterior, drenando el país hacia el mar. Se podría afirmar que el territorio se organizó en función de las exportaciones de las materias primas.

Los estados iberoamericanos se han esforzado, además, por unir sus regiones por medio de una red de caminos, de la cual, la más densa es posiblemente la vecina a Buenos Aires, en la Argentina; y por tender vías

8 Poéte, Marcel. *Introduction à Urbanisme*. París, Bovin & Cie. 1929. pág. 41.

9 Jara, Alvaro. *Tierras Nuevas*. Introducción - Ocupación de la tierra. poblamiento y frontera. México. Colegio de México, 1969. pág. 7.

10 Guttmann Jean. Ob. cit., pág. 40 y ss.

intercontinentales. Destacan tres grandes carreteras: la Panamericana, casi terminada, que unirá el continente americano desde Alaska hasta Tierra del Fuego; la Marginal de la Selva peruana, en parte ejecutada y que enlazará las cuencas de los tres grandes ríos sudamericanos: el Orinoco, el Amazonas y el Plata, creando un sistema vial mixto, terrestre y fluvial, para comunicar entre sí el interior del continente; y la novísima carretera brasilera transamazónica que atravesará todo el Brasil, desde Joao Pessoa y Recife en el Océano Atlántico hasta la frontera peruana para enlazarse allí con la carretera transversal del Perú, construida en su mayor parte, que partiendo del Océano Pacífico, en el Callao, tramonta los Andes y llega a la frontera brasilera. Carreteras éstas, continentales, concebidas no sólo para unir entre sí a los países sino en especial para abrir nuevas tierras a la civilización.

Las vías aéreas tratan hoy de tenderse por doquier para abarcar el espacio venciendo colosales dificultades. El avión se ha convertido en el enlace más fácil para un territorio abrupto; y el aeropuerto es hoy relevante elemento urbano. Colombia, entre todos los países latinoamericanos, ha hecho de su sistema aéreo la base de sus comunicaciones. Allí, el hombre ha llegado a la etapa del avión sin pasar por la del ferrocarril y, quizá ni siquiera por la del camino de acémilas.

Pero entre todos los esfuerzos hechos a la largo de la historia de América para transformar los sistemas de comunicaciones, ninguno tiene la envergadura y trascendencia de la apertura del canal de Panamá que revolucionó el sistema mundial de comunicaciones, transformando el propio sistema de vías del mundo americano y produciendo, a su vez, una verdadera revolución en el destino de países sudamericanos, como Ecuador y el Perú. El surgimiento moderno de Lima y el Callao está últimamente ligado a la apertura del canal de Panamá.

LA ORGANIZACION DEL LUGAR Y SITIOS GEOGRAFICOS

A la organización de las grandes regiones del mundo hispanoamericano, sucede la ocupación y por ende el aprovechamiento del lugar y sitio geográficos para establecer y levantar en ellos la ciudad.

Es difícil, cuando no prematuro, precisar, en las condiciones actuales de nuestros conocimientos, las características dominantes de la organización del lugar y del sitio geográficos del urbanismo americano contemporáneo, ya que no existe una técnica original propia para tal objeto. Además las grandes ciudades fueron fundadas o surgieron en la época colonial y, por lo tanto, esa época utilizó ya el lugar y el sitio. El crecimiento actual está pues condicionado y es, en cierto modo, consecuencia en los pueblos de la colonización ibérica, de las técnicas urbanísticas de sus metrópolis.

Un caso particular y relevante es el del Perú en donde aparecen ciu-

dades "superpuestas" como en el caso del Cuzco, Chinchero, Ollantaytambo, en donde la trama de la ciudad incaica perdura y condiciona el plano de la población actual.

Pero ¿cómo se ha logrado satisfacer las necesidades actuales de la rápida urbanización, cuando el lugar y el sitio geográficos fueron seleccionados en condiciones y con requerimientos distintos? Sin pretender generalizar sobre tema tan amplio y no estudiado debidamente, cabe sí señalar algunos hechos urbanos que revelan las dificultades encontradas en el actual proceso de urbanización.

En algunos casos, el sitio en el cual se asentaba la ciudad, ha resultado insuficiente para soportar el crecimiento urbano moderno y la ciudad se ha extendido más allá de sus límites. Tales serían los casos de: Bogotá, que crece en forma alargada por impedírsele las colinas que limitan el valle por levante y las zonas pantanosas del poniente que fue preciso desecar y habilitar para urbanizarlas; Caracas, cuyo crecimiento vertiginoso ha desbordado el valle y hecho trepar la ciudad a las colinas circundantes; Buenos Aires, cuya expansión urbana rebalsó el sitio primitivo, la meseta sureste de la actual ciudad, ubicada sobre un puerto natural a salvo de inundaciones, el Riachuelo de los Navíos y, por último, Río de Janeiro para citar una población de origen portugués que ha nivelado las colinas que, impidiendo su ocupación urbana, emergían en la ciudad. Pero, en todos estos casos, la ciudad logra expandirse en su lugar geográfico. Hay un caso especial, el de Panamá. La antigua ciudad, Panamá la Vieja, pudo haberse extendido porque el sitio geográfico colonial lo permitía, pero a la nueva población no le es posible desarrollarse hacia el poniente por impedírsele los servicios del Canal de Panamá, con la ciudad norteamericana de Balboa.

En todos estos ejemplos, la difícil geografía del continente americano es el obstáculo que el hombre tiene que vencer para asentarse en el territorio y erigir la ciudad. Sólo Panamá sería en apariencia una excepción por ser el obstáculo una obra hecha por el hombre para vencer a la naturaleza. Pero, en general, en cuanto a la colonización española se refiere, los lugares y sitios geográficos escogidos para asiento de ciudades, amplios y de fácil topografía, permitieron el desarrollo y expansión de las aglomeraciones urbanas hispanoamericanas.

En el proceso general de urbanización, se mezclan la organización planeada y la espontánea, pero se puede afirmar, sin temor a errar, que la primera ha dominado no sólo en la época actual con la creación de ciudades capitales como Brasilia y otras de significativa importancia como Guayana y con las denominadas urbanizaciones ejecutadas por el capital privado que forman los grandes barrios residenciales de nuestras ciudades, sino, sobre todo, por la obra de urbanismo que España hizo en América.

En la organización espontánea del sitio geográfico, cabría incluir los barrios clandestinos marginales que rodean como dolorosos cinturones de miseria la casi totalidad de las ciudades iberoamericanas. Asentamientos

humanos conocidos con nombres distintos: “villas miseria”, en Argentina; “favelas”, “mocambos” e “invasoes”, en Brasil; “callampas” en Chile, etc. Y estas ocupaciones del suelo cabría a su vez dividir las en aquellas en las cuales los pobladores se instalan en el sitio y levantan sus chozas o casas provisionales, sin ningún plano, como es el caso más general, y aquellas donde los invasores trazan un plano previo a damero y ubican los terrenos para los edificios más representativos e importantes. Planos rudimentarios que tienen, sin embargo, avenidas amplias principales y calles más angostas secundarias, y en las que no falta la plaza tradicional con sitios para la iglesia y la escuela, tal como en el caso de la mayoría de las “barriadas” de Lima.

Diríase que la tradición española ha arraigado tan profundamente en la población peruana que cuando ésta, formada por indígenas y mestizos venidos de las serranías, invade en forma clandestina un territorio para vivir en él, lo urbaniza y ocupa con sentido de posesión, a la manera y con la técnica urbanística de los propios conquistadores españoles. Y revela también que estos pobladores poseen el concepto de ciudad y por tanto tienen ya un nivel cultural de que carecen invasores clandestinos de otros países americanos.

La organización del lugar y del sitio geográficos para erigir una ciudad, tiene en nuestra América una valiosa tradición. Ella explica que nuestras ciudades hayan podido soportar la explosión de su moderno crecimiento en el ámbito geográfico en las que fueron creadas. El urbanismo español tuvo particular cuidado en la selección del sitio de las ciudades, realizándose inspecciones o “visitas” para “ver bien y mirar”, llevadas a cabo por las personas más competentes y de mayores conocimientos sobre poblaciones. Los lugares escogidos eran amplios y con fáciles comunicaciones situadas entre sí a conveniente distancia para poder estructurar y dominar, con un número reducido de colonizadores, un terreno áspero y dilatado. Tal es el caso de Lima, fundada en el centro de la costa peruana y considerando las distancias a Panamá y al Cuzco; la de Huamanga, hoy Ayacucho, en el interior de nuestros Andes, a mitad de camino entre Lima y el Cuzco, y tal es también el caso de Santiago de Chile, ubicada a mitad de la costa de ese país, para no citar sino algunos ejemplos notables.

El lugar escogido para asiento de la población debía tener, además, fáciles accesos, es decir, hallarse situado sobre las rutas naturales de circulación. Las ciudades de origen hispánico se encuentran, pues, por esta razón, en el núcleo de las actuales vías de comunicaciones. Por último, la ciudad fundada era centro de región. Sus límites o “términos” eran muy extensos. Así, los del Cuzco colindaban con los de Jauja, población que se encuentra a centenares de kilómetros de distancia. Y en la fundación de la ciudad, se incluía la zona rural, dejando “ejidos” o tierras destinadas a recreo de los pobladores, “dehesas” que servían para el pastoreo y “propios” del Municipio, inalienables y de propiedad común.

El sitio geográfico escogido era de fácil topografía, sensiblemente plano para poder realizar sus "salidas" o cargas de caballería, su gran arma de combate para romper los cercos cuando estaban sitiados y, tal vez, para poder trazar fácilmente los planos a damero de sus ciudades. Existen, pues, en el pasado de los pueblos de colonización española, una tradición de organizar el lugar y el sitio geográficos que explican el auge e importancia de la ciudad.

LOS SITIOS INHOSPITOS COMO ASIEN TO DE CIUDADES

En el continente moderno e inestable de nuestra América, la ciudad es herida por los grandes cataclismos telúricos. Larga es la lista de centros poblados destruidos por terremotos y maremotos y larga es también la lista de temblores y demás fenómenos sísmicos sufridos por las aglomeraciones urbanas que se desperdigán a lo largo del "Círculo de Fuego" del Pacífico. Catástrofes a las que se suman, en la región del Caribe, las producidas por los ciclones y las lluvias torrenciales, y en la selva amazónica, las ocasionadas por el desplazamiento de los grandes ríos de cursos y riberas inestables y, por doquier, los deslizamientos de tierras, los aludes y las inundaciones.

Y al recuerdo de las catástrofes registradas por la historia, habría que añadir el misterio que envuelve a las ciudades muertas como los grandes centros ceremoniales de la cultura Maya, y los pueblos de piedra de la Ceja de Montaña y las de adobe como Cajamarquilla en el Perú, cuyo silencioso clamor evoca un ignoto y trágico destino.

En su afán de afirmarse en la Tierra el hombre ha levantado, en América, ciudades en sitios aparentemente inhóspitos. Posee tal vez, nuestro continente, la más amplia floración de centros urbanos de grandes altitudes que, a veces, hasta sobrepasan los cuatro mil metros de altura. La meseta andina es su grandioso escenario. Destacan como los más elevados y con diversas funciones urbanas, en el Perú, los siguientes: Cerro de Pasco, ciudad minera a 4,338 metros de altura; La Oroya, centro industrial a 3,717 metros; Huancavelica, centro minero administrativo, a 3,670 metros.

A estas poblaciones peruanas, cabría añadir, en Bolivia, La Paz, capital del estado, a 3,696 metros y la antigua ciudad minera de Potosí, a 3,960 metros sobre el nivel del mar. Pero esta región andina ha sido ya asiento de grandes poblaciones aborígenes revelando que la Puna es lugar geográfico adecuado a la vida humana. Citemos los casos en prueba de este aserto, de Tiahuanaco y Huánuco Viejo. Posee también nuestro Continente la más rica variedad de sitios geográficos, que son como un reto a la propia geografía, tales como: cumbres y desfiladeros, Machu Picchu; pantanos y lagunas desecadas, México; selvas tropicales, Cartagena, Bahía

y Río de Janeiro; regiones desérticas, Puerto Hambre y Punta Arenas en las frías tierras meridionales y, por último, al pie de los volcanes, Managua, Arequipa y tantas otras poblaciones.

LA CIUDAD Y LA CIVILIZACION HISPANOAMERICANA

I. LA CIUDAD Y EL MEDIO GEOGRAFICO HISPANOAMERICANO

Una rápida visión panorámica sobre la forma cómo el territorio hispanoamericano ha sido ocupado y organizado por el hombre demuestra, como ya se ha dicho, que sólo lo ha sido parcialmente y que los lugares más densamente poblados se encuentran alrededor de las ciudades. Se yerguen éstas como refugio del hombre en el territorio hostil y se presentan como poderosas palancas que éste utiliza para dominar y aprovechar el territorio. Visión que también se ofrece en el pasado, bien sea en la organización planeada de la colonización española, o en las escalas de rutas y factorías del Brasil. Y en la época precolombina, sólo a la evocación de los nombres de Tenochtitlán, Chichén-Itza y el Cuzco, surge la imagen de las civilizaciones autóctonas americanas.

Acontece así en América el mismo fenómeno que, en otra oportunidad, afirmaba sucede en el Perú: "En un territorio escarpado, inaccesible, y hasta impenetrable, formado por regiones distintas y aisladas, el hombre tiende a organizar la tierra para dominarla apoyándose en centros poblados que se convierten en centros de región. La ciudad surge como un afán de dominio de la naturaleza inexplorable e ignota"¹¹.

La ciudad se presenta por lo tanto como la respuesta del hombre hispanoamericano al reto geográfico de América. En un mundo inestable y cambiante, el hombre se establece en la tierra y crea la ciudad. Nuestra geografía e historia así lo testifican. La Tierra y la Urbe son los dos personajes en los que parece sintetizarse el drama del ser humano en América hispana.

Esta constante acción de la naturaleza en la vida del hombre americano se refleja en las formas arquitectónicas de su arte, con la ligereza de las líneas libres y sueltas, livianas y exuberantes como lianas y flores tropicales del barroco lusitano y de la arquitectura contemporánea del Brasil; con la robusta y profusa ornamentación del arte mexicano actual; con las recias moles de piedra de Sacsahuamán y Ollantaytambo y en las portadas de piedra esculpidas hasta el cansancio y los retablos de madera tallados que brillan con pálidos reflejos de oro y viejo, de las iglesias barrocas peruanas, recogidas y silenciosas.

¹¹ Ortiz de Zevallos, Luis. *La creación urbana en el Perú*. Lima. Separata de "El Arquitecto Peruano". 1957.

II. LA CIUDAD COMO MAXIMA EXPRESION MATERIAL Y ESPIRITUAL DE UNA CIVILIZACION

La ciudad es la más alta expresión material y espiritual de una civilización. Atenas, Roma y Jerusalén sintetizan la cultura mediterránea. Tal acontece en nuestra América. Los nombres de sus capitales reflejan la civilización actual, los de ciudades como Potosí, Cartagena y Lima, el pasado colonial y aquellos de la cultura autóctona, todo el acontecer, misterioso y mágico, de la prehistoria americana.

La geografía y la historia han modelado la civilización hispanoamericana y el urbanismo y la arquitectura la expresan con un lenguaje elocuente y directo. Leer los planos de sus ciudades, analizar sus formas urbanas y escuchar el callado mensaje de sus obras arquitectónicas, es forma objetiva y directa de conocer las esencias espirituales de nuestra civilización.

Una relación estrecha e íntima se establece entre el grupo social que habita una ciudad y su estructura y formas urbanas. La ciudad se torna una obra de arte colectiva, creada en el transcurso de años y siglos. Las generaciones dejan su huella palpable en el rostro cambiante de la aglomeración urbana y ésta influye a su vez y modela la mente y la sensibilidad de las nuevas generaciones que la habitan, como si los muertos estuviesen siempre presentes, condicionando el acontecer histórico. Y en esta constante relación e influencia se plasma el alma de la ciudad. La estructura social, política y económica del grupo humano que la habita se refleja en la forma urbana. La prestancia de los palacios legislativos y de gobierno y el lugar que ocupan en el centro de nuestras urbes, revelan los anhelos democráticos de sus pueblos; como en el pasado colonial, la trilogía de la catedral, el palacio del virrey o del gobernador y el cabildo, en la plaza principal, en el corazón de la ciudad, expresaban los tres poderes que regían la vida del imperio español: el Rey, la Iglesia y el Pueblo, o, como decía Raúl Porras, los tres personajes del teatro clásico español. Y en las formas urbanas del mundo prehispánico, las pirámides coronadas por templos son testimonio de los gobiernos teocráticos aztecas y los palacios del Cuzco, de la nobleza imperial incaica.

III. LA CIUDAD EN EL PROCESO FORMATIVO DE HISPANO AMERICA

Fundar una ciudad y convertirla en centro de región, para ocupar, dominar y aprovechar un territorio ha sido y sigue siendo, en nuestra América, el medio más eficaz para lograrlo. Se explica así el afán de crear centros urbanos como el método más apropiado para organizar un territorio escasamente poblado, deshabitado o ignoto. Se puede afirmar que, en nuestro continente, la civilización termina en donde no existe la ciudad y con mayor razón que en otros lugares, la ciudad es sinónimo de civilización.

Esta preocupación por crear centros urbanos se constata en el propio pasado de los pueblos con civilizaciones autóctonas, el Perú y México.

LA CIUDAD PREHISPANICA

La tradición citadina europea aportada en particular por España al colonizar el Nuevo Mundo, se engarza en la ya incipiente creación urbana de los pueblos con viejas culturas autóctonas y al hacerlo vivifica como injerto vital la vieja planta de ubérrimos frutos. La ciudad no es un aporte de la civilización hispánica en América porque ya existía en nuestro continente, aun cuando en forma diferente, pero la afirma y robustece y la convierte en la máxima expresión de la civilización de Hispanoamérica.

En efecto, el Cuzco, al decir de los cronistas, tenía unos cien mil habitantes y los actos simbólicos de la fundación que tanto realce tuvieron en las ciudades españolas, existían ya en América con el valor misterioso de sus rituales mágicos. La fundación del Cuzco por Manco Cápac y Mama Oello con todo un simbólico ceremonial, que incluía crueles mortandades sobre las tribus vecinas y la remodelación hecha por el Inca Pachacútec con previas y fastuosas ceremonias, revelan la importancia y función de la ciudad ¹².

Los grandiosos conjuntos mexicanos de Teotihuacán, Montealbán y Mitla y la riqueza arquitectónica de la floración de centros ceremoniales mayas del Petén testifican, del mismo modo, la existencia y valor de la ciudad en Mesoamérica.

Ensamblada la obra de España en las milenarias raíces culturales americanas, la ciudad de Hispanoamérica se prolonga en el tiempo, en el oscuro pasado de la prehistoria americana y se extiende y florece en el ámbito de nuestra actual civilización.

LA CIUDAD IBEROAMERICANA

En la tradición urbana colonial de Iberoamérica hay dos raíces profundas que sostienen y alimentan el frondoso árbol de su civilización. De un lado, la más rica y brillante de la colonización española y de otro, la de menor amplitud sin carácter netamente urbano, no por eso menos interesante, de la colonización portuguesa. Se caracteriza la primera por utilizar la ciudad para ocupar el territorio, penetrando en él y afirmándose sobre la tierra, y la segunda, por sólo bordear el continente permaneciendo en la periferia.

La historia de la colonización española es la historia de las ciudades. Se inicia con la fundación de la Isabela por Cristóbal Colón, como el primer acto de importancia para afirmarse en las tierras descubiertas. Y se

¹² Ortiz de Zevallos, Luis. Ob. cit.

refleja en su obra colonizadora que, en menos de cien años, había fundado más de doscientas poblaciones. En 1574, ni un siglo después del descubrimiento escribía López de Velasco: "había doscientos pueblos de españoles, ciudades y villas, con algunos asientos de minas en forma de pueblos"^{12a}. Fundaciones que son hoy la mayoría de las grandes aglomeraciones urbanas de América española. Baluarte de la civilización importada, España utilizó la ciudad para imponerla, obligando a los naturales a vivir en poblaciones. Su acción fue definitiva. A poco de realizada la conquista, el cronista Padre Bernabé Cobo se admiraba de cómo los indios, en el propio barrio del Cercado de Lima, viviesen ya a la española, poseyendo esclavos negros¹³.

En el Perú, se inicia con la fundación de San Miguel de Piura como primer acto de posesión de los nuevos territorios y continúa con las sucesivas fundaciones de los Conquistadores que forman el grupo de ciudades de la Conquista: Jauja, Cuzco, Lima, Huamanga, etc.

Variada es la creación urbana hecha por España en América. Se distinguen en esta obra colosal varios períodos: el del descubrimiento, el de la conquista y el de la estabilización de los Virreinos, Audiencias y Capitanías. En todas ellas, la ciudad es el medio de que se valen los españoles para imponer la nueva civilización y es ella su más alta expresión. De este hecho, nace el afán de la Corona de "reducir" a los naturales a que vivan en población para adoctrinarlos y para utilizar sus servicios, en esa mezcla de don Quijote y Sancho que sintetiza la obra de España en América.

Se inicia en forma vacilante en el Caribe para luego irse afirmando con las conquistas de Tierra Firme, en donde las grandes ciudades indígenas con sus palacios recubiertos de oro como en el Cuzco debieron ser como acicate en el orgullo del conquistador español. Técnica urbana que quedaría fijada en las Leyes de Indias. Hay en ella aspectos que son la consecuencia de la antigua tradición del urbanismo europeo mediterráneo, como los planos a damero que se convierten en la estructura urbana típica de la ciudad hispanoamericana, y otras que parecen surgir de la tierra americana, como son las hermosas plazas principales de sus ciudades con sus diversos nombres: Plaza Matriz, Plaza Mayor, Plaza de Armas, etc., y en donde se construyen los principales y más representativos elementos urbanos de la nueva ciudad. Plazas características de nuestra América que no tienen su correspondiente en España.

La plaza se revela como el elemento urbano característico de nuestras ciudades y les otorga belleza y prestancia. "Sin las plazas mayores y los monumentales edificios que las rodean, afirma Fernando Chueca Goitia, les faltaría a las ciudades hispanoamericanas el carácter y la sugestión que

12a López de Velasco, Juan. *Geografía y Descripción Universal de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo CCXVIII, Madrid, Ediciones Atlas, 1971, pág. 1.

13 Cobo, Bernabé. *Fundación de Lima*, Tomo II — Biblioteca de Autores Españoles, Madrid. Ediciones Atlas, 1964, pág. 353.

hoy producen”¹⁴. Ocurre, a veces, que más de un templo se erige en ellas, como la hermosa plaza del Cuzco con su Catedral, Capilla del Triunfo e Iglesia de la Compañía, que seduce y fascina con su vibrante barroco rojo y pardo.

La colonización portuguesa no tuvo el carácter netamente urbano de la española. Los portugueses sólo fundaron fortines primero y luego factorías. “Los casos de concentración urbana sólo se encuentran en la región costeña o en las regiones mineras”¹⁵. Son éstas las ciudades mineras y las de comercio. Aparecen las “ciudades de domingo”, con una gran plaza alrededor de una iglesia en donde los diferentes pobladores de la región construyen sus viviendas, para morar en ella los sábados y domingos; de aquí su nombre; y los centros urbanos surgidos por la imposición de una autoridad, la de un “capitao-mer regente” que obligaba a los vagabundos y a la población nómada a concentrarse en estas poblaciones, iniciadas con un llamamiento general o “convocation” para que todos los individuos sin domicilio fijo se reuniesen a su alrededor. Poblaciones surgidas por la fuerza que se desintegraban luego cuando desaparecería la autoridad y sus pobladores podían abandonarlas¹⁶.

LA CIUDAD HISPANOAMERICANA

El pasado de las ciudades hispanoamericanas ha quedado presente en sus formas urbanas y les otorga un sello característico. Mantienen, a pesar de sus diversidades, rasgos comunes que muestran pertenecer a una misma familia urbana, comparable, como afirma M. J. Tricat, a “la de las ciudades mediterráneas o africanas”¹⁷.

Esta presencia del pasado en las ciudades de América permite diferenciarlas no sólo de aquellas que poseen un origen portugués de las que tienen un origen español, sino, en estas últimas, de aquellas fundadas en los pueblos con civilizaciones autóctonas como Cuzco, Lima, Quito, México y Guatemala la Antigua, para no citar sino algunas de ellas, de Buenos Aires Santiago y La Habana.

Esta tradición urbana se revela igualmente en la importancia que tienen las capitales en donde se refleja la propia civilización del país, se concentra su vida política, se resume la vida de la nación y se acusan con perfiles más agudos los problemas sociales. En el caso, como en el Ecuador, en donde Guayaquil tiende a contrabalancear la acción política de Quito, son

14 Chueca Goitia, Fernando. *Breve Historia del Urbanismo*. Madrid. Alianza Editorial S.A. 1968. pág. 130 (citado en “Planos de Ciudades Ibero-Americanas de Filipinas” del mismo autor. Introducción pág. XV).

15 Anglade. “Une tentative de repartition territoriale du phénomène de la capital: Le municipe brésilien”. Ob. cit., pág. 235.

16 Anglade. Ob. cit., pág. 234.

17 Tricat M. J. “Quelques caracteristiques generales des villes latinoamericaines” en “Caravelle”, ob. cit., pág. 367.

dos ciudades las que encarnan y expresan la dualidad del pensamiento social y político del país.

Pero, posiblemente, en donde se revela, en forma más evidente, los fundamentos urbanos de la civilización de los pueblos hispanoamericanos, es en su afán de fundar, en nuestros días, nuevas ciudades. En los más modernos desarrollos regionales adquiere particular importancia la fundación de poblaciones. En el Perú es ya larga la lista de ciudades creadas en el presente siglo, surgidas espontáneamente con la apertura de nuevas vías de circulación como Aguaytía y San Alejandro en la carretera a Pucallpa, o creadas para explotar riquezas naturales como Tingo María y Ganso Azul, o para albergar trabajadores mineros de yacimientos cuya explotación se ha desarrollado rápidamente como el novísimo pueblo de Santiago de Cocha-Ccasa, en Huancavelica.

Este pasado urbano, surgido de la colonización hispánica, se testifica, además, por el crecimiento vertiginoso de nuestras capitales que se tornan desmesuradamente grandes en relación a sus países. Pero es indudable que el ejemplo más relevante en nuestro continente y ya clásico en el urbanismo contemporáneo no se ha producido en el ámbito hispanoamericano sino en el luso-brasileño y es la fundación de la nueva capital del Brasil, Brasilia, en el interior del territorio apenas habitado y en el lugar en que convergen tres grandes cuencas fluviales de Sudamérica: la del Amazonas por medio del río Tocantins, la del San Francisco por el río Paranao y la del Plata, por el Paraná. Se le otorga así un sitio clave en el sistema fluvial del Brasil. Aparece la nueva capital, en la planicie verde y roja, de árboles escasos y de dilatado horizonte, como un alarde de fe y un reto del hombre a la difícil geografía.

La moderna capital del Brasil tiene un doble carácter de novísima capital de un estado en proceso de intenso desarrollo y de población fronteriza entre un territorio organizado como es la costa brasilera y otro que se pretende aprovechar en el interior del país desocupado, cuando no virgen. Es, pues, ciudad de frontera pero tan sólo para ocupar el "sertao", porque más allá de éste se abre el inmenso territorio de la cuenca del Amazonas¹⁸. Creación urbana diferente y opuesta a la concepción urbanística de las capitales que fundara España porque para éstas se escogió un sitio densamente poblado y la ciudad se sobrepuso a las tierras habitadas y organizadas, como fueron México, en el centro de la cultura azteca y Lima, en el viejo valle costero peruano, asiento de antiguas civilizaciones, con la salvedad, en el Perú, de sus verdaderas ciudades de frontera: Jaén de Bracamoros y Optari, en la ceja de montaña y en la propia selva peruana, respectivamente. Pero esta gran creación urbana, surgida en antiguos dominios del Portugal, testifica de la importancia que se le atribuye, en Iberoamérica, a la ciudad como portadora de la civilización.

18 Roche. "Exposé" Introductif en "Caravelle", ob. cit., pág. 365.

EL ROSTRO DE LAS CIUDADES HISPANOAMERICANAS

Las ciudades de Hispanoamérica muestran en sus rostros cambiantes nuestra peculiar civilización. Su imagen y perfil se alteran con los aportes culturales y los cambios sociales y económicos surgidos de la tierra o venidos del exterior y se reflejan en sus formas urbanas, simples o profusas.

La revolución industrial, con mayor o menor incidencia, ha removido las estructuras sociales y económicas de nuestros pueblos, rompiendo las formas urbanas de la sociedad agrario-mercantil. En sus urbes aparecen extensos barrios industriales con altas chimeneas y brillantes estructuras metálicas; se elevan rascacielos pretendiendo recoger y elevar en altura el intenso proceso de urbanización; se huella el suelo de la ciudad con pasos a desnivel y se rasga el tejido urbano con vías expresas a veces subterráneas o sobreelevadas y los viejos centros vitales de sus plazas principales, pierden significado y valor. Es la nueva sociedad internacional, que, al romper las formas tradicionales, hace más fuerte los contrastes y más dolorosas las injusticias.

Estas bullentes transformaciones han rehecho las formas urbanas de la sociedad agrario-mercantil que tendió avenidas radiales, en alarde estético de otorgar a las capitales americanas la prestancia de las ciudades imperiales y creó parques decorativos como Chapultepec en México, Palermo en Buenos Aires y el Parque de la Exposición en Lima. Al trazado en damero de la urbe colonial, donde las clases sociales y las razas se mezclaban y alternaban, las nuevas y opulentas burguesías añadieron los barrios elegantes y exclusivos con sus palacios neoclásicos y sus lujosas viviendas rodeadas de jardines. Cambios socioeconómicos surgidos en la última centuria han roto la indudable unidad urbana de nuestras ciudades.

En las ciudades de los pueblos sin civilizaciones autóctonas y de fuertes migraciones europeas cabe distinguir aquellas en las cuales se ha desdibujado su rostro colonial, destruido por el sedimento de las sucesivas oleadas de inmigrantes europeos, como Buenos Aires, que le han otorgado un carácter cosmopolita cuando no afrancesado, en las formas arquitectónicas de la ciudad. En éstas, sus problemas son acaso más graves e inquietantes porque las raíces telúricas han desaparecido y los nuevos grupos sociales han cortado su cordón umbilical con sus naciones de origen.

En cambio, en las ciudades coloniales que no han sufrido estas fuertes migraciones, algunas parecen detenidas por el tiempo como Ouro Preto, en el Brasil, brillante ejemplo del libre barroco lusitano, o guardan intactos los mejores ejemplos de la obra colonizadora, como Cartagena y San Juan de Puerto Rico. Pero, en la mayoría de los casos, el empuje de los nuevos cambios y transformaciones ha roto la antigua unidad urbana.

Igual acontece con los pueblos con culturas autóctonas en donde la cultura hispánica se había logrado imponer, con esfuerzo y dolor, durante

los siglos del período hispánico. En el centro de los valles, las nuevas urbes habían echado raíces a lo largo de los caminos que convergían en ellas. Las torres esbeltas y las abultadas cúpulas barrocas de sus templos destacaban sobre las viviendas urbanas formando un conjunto armónico en el paisaje americano. Tal era el caso de Lima que ya constituía un todo urbano al finalizar el siglo XVIII, encerrada orgullosa en sus amplias murallas de pesados bastiones. Murallas que habían roto, al construirse, el antiguo barrio de indios del Cercado, situado en las afueras de la población, creando al hacerlo, su unión con la propia aglomeración urbana española, centrada alrededor de su núcleo vital, la Plaza de Armas. Más tarde, el impulso de la nueva sociedad agrario-mercantil, al destruir las fortificaciones y abrir la ciudad con nuevas avenidas convergentes rompería su unidad urbana.

Las ciudades coloniales de estos pueblos, que se prolongan en el tiempo y tienen raíces americanas más vitales, son ejemplos vivientes de la presencia de nuestras sucesivas civilizaciones. A veces, la fundación española se realizó en la misma región donde existía una población indígena, pero en un sitio geográfico distinto a la de ésta. La ciudad importada creció como una nueva planta y la indígena decayó y murió. Las ciudades coloniales al crecer en la época contemporánea han absorbido, en su expansión urbana, los viejos asentamientos indígenas y así Lima involucra en sus áreas viejos adoratorios o "huacas", anteriores a la conquista incaica. Mas, hay también casos en que la ciudad española se funda en el mismo sitio geográfico sobre la vieja población indígena destruyéndola. La ciudad autóctona desaparece sin fusionarse con la nueva urbe, como es México edificado sobre las ruinas de Tenochtitlán. El pasado americano queda entonces apartado pero viviente en las ruinas del gran conjunto ceremonial de Teotihuacán, ya en ruinas cuando llegaron los españoles. Sucede también que una antigua población autóctona continúa existiendo en el marco de la civilización española; y la ciudad al evolucionar conservó su núcleo indígena, su propia forma urbana original como es el caso de Ollantaytambo en el Perú. El pueblo habita las antiguas casas incaicas, al lado del nuevo centro urbano español y en las laderas de los cerros que la limitan, se levantan las ruinas en muros ciclópeos y de fina ornamentación de piedras incrustadas. Pero los casos más bellos son, sin duda alguna, aquellos en los cuales la ciudad española se funda sobre una ciudad autóctona y, sobre los muros inmensos de piedras trabajosamente ensambladas, se construyen las leves y alegres casas enjalbegadas españolas, manteniendo una indudable y atrayente unidad urbana, como en el Cuzco y Chinchero en el Perú.

En estos viejos pueblos americanos, vibran y se confunden el urbanismo español y el americano. Los aportes que trajera España se añaden a la vieja tradición autóctona y a veces florecen como sarmientos de una nueva planta y otras prolongan una tradición ya existente. La Plaza, elemento urbano fundamental y esencial de la ciudad colonial española, existía ya en

América. Era el centro de un conjunto ceremonial o lugar de juego como en el mundo azteca y maya; o era el centro de la urbe indígena, capital de un imperio, como en el Cuzco y lugar en donde se realizaban las grandes ceremonias civico-religiosas; o existía como conjunto de plazas a desnivel, como en Chincheru o como en Machu-Picchu, donde aparecen ensambladas como terrazas sucesivas que dividen la ciudad y, al hacerlo, la unifican¹⁹.

Pero, en las ciudades muertas, mantiene toda su prestancia la composición de los grandes conjuntos ceremoniales mayas y aztecas de Uxmal y Teotihuacán con sus ejes perpendiculares y oblicuos, aporte netamente americano que brilla como un haz de extraña luz a través de la creación urbana española, alumbrando nuestro presente desde el lejano y misterioso acontecer prehistórico americano.

LA CIUDAD HISPANICA CONTEMPORANEA Y NUESTRA ACTUAL CIVILIZACION

Ingresa Hispanoamérica en la era atómica y en la espacial, sacudida por la rapidez y violencia de los cambios que alteran y modifican al mundo y, en particular, a la civilización occidental. Cambios culturales, sociales y económicos que amenazan arrancar de raíz formas de vida de anacrónica apariencia y que intentan crear nuevas estructuras cuyo incierto valor inquieta y alarma.

En las ciudades repercuten con mayor intensidad y se tornan visibles estas novísimas transformaciones porque con ellas, "sus contrastes brutales, sus deformidades no son, como afirma el señor Tricart, sino las de un mundo que busca todavía su equilibrio y no ha logrado aún crear una civilización propia"²⁰.

En esta nueva civilización variante de la Occidental, las aglomeraciones urbanas muestran sus dolorosos problemas y es en ellas donde se ha de resolver el destino angustioso, inquietante pero colmado de juvenil esperanza de los pueblos hispanoamericanos.

Verdadera encrucijada racial en las ciudades del continente iberoamericano, se mezclan y coexisten, en sano alarde de democracia, cuantos grupos humanos pueblan la Tierra. Habitan ciudades como Lima, en armónica convivencia e intenso mestizaje, gentes de América, Asia, Europa y Africa. En esta realidad se encuentra uno de los elementos más bellos si no el más elevado de nuestra civilización: la indiscriminada convivencia racial.

La ciudad es además crisol de culturas, en que se oponen y fusionan las influencias aportadas por los inmigrantes y aquellas nativas que guar-

19 Ortiz de Zevallos, Luis. Ob. cit

20 Tricart. Ob. cit., pág. 48.

dan celosos los hombres del país. En las ciudades de los viejos pueblos americanos se han unido las culturas autóctonas e hispánicas; en las de los pueblos carentes de aquéllas se han modificado las formas de vida españolas, por la propia influencia telúrica y acaso por las costumbres ancestrales de las razas africanas. Y, por último, en las de los pueblos con grandes migraciones europeas, se han integrado los aportes culturales de los inmigrantes europeos, latinos, anglosajones y germanos, con la estructura de la civilización española.

La ciudad hispanoamericana es antena que mantiene alerta a los pueblos de cuanto acontece en el exterior y es, además, su puerta de entrada. A ella llegaron las grandes corrientes migratorias porque, en nuestra civilización, las colonias agrícolas fueron escasas o, por lo menos, minoría. A las ciudades arribaron los hombres deseosos de establecerse en América. Y este carácter netamente urbano, aun cuando aparezca redundancia, de nuestra civilización es su más notable característica.

Las aglomeraciones urbanas atraen no sólo con sus mágicos tentáculos a los hombres venidos del exterior, sino también, como míticas sirenas, entonan un canto que fascina a las grandes poblaciones campesinas del país que, al acudir ansiosas para disfrutar de los alicientes de la ciudad, se incrustan en los vetustos edificios o se agolpan en las periferias urbanas y nacen y se multiplican los tugurios y los barrios marginales de viviendas clandestinas, creando un manto de pobreza que envuelve y mancha de miseria la exuberante riqueza de la ciudad. Invasores de ayer, colonizadores urbanos de hoy —si se permite el término— y eventuales ciudadanos de mañana, traen a la urbe, ufana de cosmopolitismo, sus viejas tradiciones rurales. En nuestras capitales, se constata esta indudable dualidad de ciudad y pueblo rural. Se inicia, entonces, un activo proceso de absorción de estas costumbres campesinas, mas éstas empañan el brillo, la imagen de la ciudad. Y en esta lucha que es drama actual y viviente, se debate el destino de nuestra civilización.

Poblaciones rurales cuyos miembros analfabetos o carentes de conocimientos de apropiados oficios que los hagan aptos para trabajar y habitar dignamente una ciudad, aumentan sin cesar y cercan con sus anillos de misérrimas viviendas los núcleos urbanos refinados de las urbes iberoamericanas. Estas poblaciones acrecientan su educación y cultura a un ritmo más lento que el de su propio crecimiento vegetativo. En la urbe, el campesino, anhelante de mejores niveles de vida, se torna mísero proletario. El drama social de hace así más agudo y evidente.

En la ciudad iberoamericana, la estratificación social tiende a sedimentarse en los barrios de la población. Toda la gama de la evolución cultural y de las diferencias sociales y económicas se refleja en las formas urbanas. El grave problema de la cultura aparece tan sólo como económico y social. Pero, bajo esta engañosa apariencia, de simple injusticia social, se esconde la dolorosa realidad de las distintas culturas de los habi-

tantes de Iberoamérica. En sus ciudades se expresan con mayor nitidez estas diferencias de civilización. Y, aquí, en este enfrentamiento cultural radica el drama vital de nuestro mundo americano.

En la variada floración de asentamientos humanos existentes en nuestro continente, que refleja toda la gama de los distintos estados de evolución urbana, desde las míseras aldeas de chozas de los pueblos menos evolucionados hasta sus lujosas y deslumbrantes metrópolis, se muestra la ciudad como la más relevante expresión de nuestra civilización.

BIBLIOGRAFIA

AGUILAR

GRAN ATLAS AGUILAR

3 Volúmenes. Madrid.— Ediciones Aguilar S. A., 1963.

ARCINIEGAS, Germán

AMERICA Y EL NUEVO MUNDO

México, Editorial Hermes, 1956.

ARCINIEGAS, Germán

BIOGRAFIA DEL CARIBE

Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1947.

ARCINIEGAS, Germán

EL CONTINENTE DE LOS SIETE COLORES

Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965.

BARTHELEMEW, M. C. LL. D., John

Editado por THE TIMES ATLAS OF THE WORLD

Volumen V. THE AMERICAS.— London, The Times Publishing Company, 1957.

BAUDIN, Louis

EL IMPERIO SOCIALISTA DE LOS INCAS

Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1953.

BEAUJEAN-GARNIER, J. y CHABOT G.

TRAITE DE GEOGRAPHIE URBAINE

París, Librairie Armand Colin, 1963.

BINGHAM, Hiram

LA CIUDAD PERDIDA DE LOS INCAS, Historia de Machu Picchu y sus construcciones.— Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, S. A. 1949.

BRUNHES, Jean

Geographie Humaine, París.

Presses Universitaires de France, 1956.

BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del

HISTORIA GENERAL DEL PERU ANTICUO

Lima, Librería Studium, 1970.

CAPDEVILLA, Arturo

LOS INCAS

Barcelona, Editorial Labor S. A. 1954.

CARAVELLE

Número special consacré aux actes du colloque du C. N. R. S. sur *LE*

PROBLEME DES CAPITALES EN AMERIQUE LATINE

Toulouse. Institut d'Etudes Hispaniques, Hispano-Américaines et Luso-Bresiliennes.— Université de Toulouse, 1964.

CARVER Jr., Norman F.

SILENT CITIES. Mexico and the Maya.

Tokyo. Shokosuka Publishing Co. 1966.

CIEZA DE LEON, Pedro de

DEL SEÑORIO DE LOS INCAS

Buenos Aires, Ediciones Argentinas "Solar", 1943.

COBO, P. Bernabé

FUNDACION DE LIMA

Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.— Gráficas Bachende, 1964

CORNEJO BOURONCLE, Jorge

POR EL PERU INCAICO Y COLONIAL

Buenos Aires. Sociedad Geográfico Americana, Editorial y Cultural (S. A.) 1946.

CHUECA GOITIA, Fernando

BREVE HISTORIA DEL URBANISMO

Madrid, Alianza Editorial S. A. 1968.

DEMANGEON, Albert

PROBLEMAS DE GEOGRAFIA HUMANA

Barcelona, Ediciones Omega S. A., 1963.

DICKINSON, Robert E.

CIUDAD, REGION Y REGIONALISMO

Barcelona, Omega S. A. 1961.

DORSELSER, Jaime y GREGORY, Alfonso

LA URBANIZACION EN AMERICA LATINA

2 volúmenes. Madrid. Suc. de Rivadeneira, 1962.

EGLI, Ernst

GESCHICHTE DES STADTEBAUES

3 volúmenes. Zurich.— Eugen Rentsch Verlag. 1962.

ENGEL, Frederic

ELEMENTOS DE PREHISTORIA PERUANA

Lima, Stylo.

FOLLINET, Joseph y otros

LA METROPOLI EN LA VIDA MODERNA

Tomo IV (Aspectos espirituales y la ciudad-ideal). Buenos Aires. Ediciones Infinito, 1958.

GEORGE, Pierre

LA VILLE, LE FAIT URBAIN A TRAVERS LE MONDE.

París. Presses Universitaires, 1952.

GEORGE, Pierre

PRECIS DE GEOGRAPHIE URBAINE

París. Presses Universitaires de France, 1961.

GUARDA, Gabriel

LA CIUDAD CHILENA DEL SIGLO XVI

Buenos Aires, Centro Editor de América Latina S. A. 1968.

GUTTMAN, Jean

AMERICA

Barcelona, Editorial Labor S. A. 1966.



- HARDOY, Jorge Enrique
CIUDADES PRECOLOMBINAS
Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1964.
- HARDOY, Jorge Enrique y TOBAR, Carlos
LA URBANIZACION EN AMERICA LATINA
Buenos Aires. Editorial del Instituto, 1969.
- HAUSER, Philip M.
LA URBANIZACION EN AMERICA LATINA
Documento del Seminario sobre problemas de urbanización en América Latina. Buenos Aires. Solar / Hachette, 1967.
- HILL, A. V. y otros
LA METROPOLI EN LA VIDA MODERNA
Tomo III (Aspectos científicos y profesionales) Buenos Aires, Ediciones Infinito 1958.
- JARA, Alvaro (Editor) y otros
TIERRAS NUEVAS. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI - XIX), México. El Colegio de México, 1969.
- KAUFFMANN DOIG, Federico
ARQUEOLOGIA PERUANA. Visión Integral.
1970.
- KASOL. Ph. D., Paul
LIFE, LAND AND WATER IN ANCIENT PERU
New York, Long Island University Press, 1955.
- KUBLER, George
THE ART AND ARCHITECTURE OF ANCIENT AMERICA.
Hardmondworth Penguin Books Pty. Ltd. 1962.
- KRICKEBERG, Walter
LAS ANTIGUAS CULTURAS MEXICANAS
México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- LAVEDAN, Pierre
GEOGRAPHIE DES VILLES
Paris. Libraire Gallimard, 1959.
- LAVEDAN, Pierre
EVOLUTION DES VILLES
Paris. Cours d'Urbanisme de l'Institut d'Urbanisme de la Université de Paris.
- LAVEDAN, Pierre
HISTOIRE DE L'URBANISME
3 vols. Paris. Henri Laurens, 1959.
- LEON, Pierre
ECONOMIES ET SOCIETES DE L'AMERIQUE LATINE, ESSAI SUR LES PROBLEMES DU DEVELOPPEMENT A L'EPOQUE CONTEMPORAINE 1815-1967. Paris. Société d'édition d'enseignement supérieur. 1960.
- MADARIAGA, Salvador de
EL AUCE DEL IMPERIO ESPAÑOL EN AMERICA. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959.
- MARTINEZ, Carlos
SANTA FE DE BOGOTA. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina, 1968.

- MASON, Alden
LAS ANTIGUAS CULTURAS DEL PERU
México. Fondo de Cultura Económica. 1962.
- MATIENZO, Juan de
GOBIERNO DEL PERU. Paris — Lima.
Institut Francais d'Etudes Andines, 1967.
- MOHELY-NAGY, Sibyl
URBANISMO Y SOCIEDAD. HISTORIA ILUSTRADA DE LA EVOLUCION DE LA CIUDAD.
Barcelona. Editorial Blume, 1970.
- MORALES PADRON, Francisco
MANUAL DE HISTORIA UNIVERSAL
Tomo V. Historia General de América. Madrid. Espasa — Calpe S. A.
1962.
- MORLEY, Sylvanus G.
LA CIVILIZACION MAYA
México. Fondo de Cultura Económica. 1947.
- MUMFORD, Lewis
LA CIUDAD EN LA HISTORIA
Buenos Aires. Ediciones Infinito, 1965.
- MUMFORD, Lewis
THE CULTURE OF CITIES
New York. Harcourt, Brace and Company, 1938.
- ORTIZ DE ZEVALLOS, Luis
HISTORIA DE LAS FORMAS URBANAS Y REGIONALES
Curso mimeografiado, Pontificia Universidad Católica del Perú. 1969.
- ORTIZ DE ZEVALLOS, Luis
LA CREACION URBANA EN EL PERU
Lima. Separata de El Arquitecto Peruano, 1957.
- PALERA Angel y WOLF, Eric
LA AGRICULTURA Y EL DESARROLLO DE LA CIVILIZACION EN MESOAMERICA
Washington D.C. "Revista Interamericana de Ciencias Sociales" Vol. 1, N° 1, Unión Panamericana. 1961.
- PIAGGOTT, Stuart y otros
LA METROPOLI EN LA VIDA MODERNA. Tomo I (Aspectos sociales y políticos). Buenos Aires. Ediciones Infinito. 1958.
- POETE, Marcel
INTRODUCTION A L'URBANISME
Paris. Boivin & Cie. 1929
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl
ANTOLOGIA DEL CUZCO
Lima, Librería Internacional del Perú. 1961.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl
LA FUNDACION DE TRUJILLO. Lima. La Prensa. 1° de marzo de 1935.
- RIVET, Paul
CITES MAYAS
Paris, Albert Guillot. 1962.
- ROBERTSON, Donald
PRE-COLUMBIAN ARCHITECTURE
New York, George Braziller, 1963.



- RUPPERT, Karl
CHICHEN ITZA, Arquitectural Notes and Plans. Washington D. C. Carnegie Institution of Washington, 1952.
- SAMHABER, Ernst
SUDAMERICA. Biografía de un Continente. Buenos Aires. Editorial Sudamericana. 1961.
- SARGENT, Florence P. y RATCLIFF, Richard U.
LA METROPOLI EN LA VIDA MODERNA
Tomo II (Aspectos económicos). Buenos Aires. Ediciones Infinito, 1958.
- SCHMIEDER, Oscar
GEOGRAFIA DE AMERICA LATINA.
México. Fondo de Cultura Económica, 1965.
- SORRE, Max
L'HOMME SUR LA TERRE. París
Librairie Hachette.
- SAMAILES, Arthur
THE GEOGRAPHY OF TOWNS
London. Hutchinsons University Library, 1960.
- SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PLANIFICACION
AMERICA EN EL AÑO 2.000
Volumen I. Situación Social de América en el año 2.000. Lima, Editorial Universitario. S. A., 1969.
- SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PLANIFICACION
AMERICA EN EL AÑO 2.000
Volumen IV. Demografía, Planificación y Desarrollo.— Editorial Universo, S. A., 1969.
- STANLEY, Rycroft W. y CLEMMER, Myrtle M.
A STUDY ON URBANIZATION IN LATIN AMERICA. New York N. Y. The United Presbyterian Church in the U.S.A.
- STIERLIN, Henry
LIVING ARCHITECTURA: MAYAN
London. Oldbourne Book Co. Ltd. 1964.
- UNION PANAMERICANA, SECRETARIA GENERAL DE LA ORGANIZACION DE LOS ESTADOS AMERICANOS
ESTUDIO ECONOMICO Y SOCIAL DE AMERICA LATINA. 1961
Washington D.C. 1963.
- TAMAYO, JORGE
GEOGRAFIA DE AMERICA
México. Fondo de Cultura Económica, 1967.
- VAILLANT, Georges C.
LA CIVILIZACION AZTECA
México. Fondo de Culura Económica, 1960.
- VALCARCEL, Luis E.
MACHU PICCHU
Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- VARGAS UGARTE, Rubén
HISTORIA GENERAL DEL PERU
5 volúmenes, Madrid, Editor Carlos Milla Batres, 1966.
- VIDAL DE LA BLACHE y GALLOIS
GEOGRAFIA UNIVERSAL
Tomo XVIII, México y América Central.— Tomo XIX, Antillas
Tomo XX, América del Sur; Guayanas, Brasil.— Tomo XXI. América

del Sur; Países Andinos Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia y Chile.

Tomo XXII, América del Sur: Argentina, Paraguay, Uruguay.
Barcelona, Montaner y Simón, 1957.

VIDAL DE LA BLACHE, P.

PRINCIPES DE GEOGRAPHIE HUMAINE
París. Librairie Armand Colin, 1922.

WOLF, Eric

PUEBLOS Y CULTURA DE MESOAMERICA
México. Ediciones Era S.A. 1967.

ZAPATA GOLLAN, Agustín

CAMINOS DE AMERICA
Santa Fé. Ministerio de Instrucción Pública y Fomento, 1940.